

Cuestiones de herencia. Fantasma, duelo y melancolía en Jacques Derrida.

Horacio Potel

Publicado en: Casas, A.; Constante, A.; Flores Farfan, L.; **Los (con)fines del arte. Reflexiones desde el cine, el psicoanálisis y la filosofía**; México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2010.

La herencia es aquello de lo que no puedo apropiarme [...] Heredo algo que también tengo que transmitir: ya sea chocante o no, **no hay derecho de propiedad sobre la herencia**. [...] Siempre soy el locatario de una herencia. Su depositario, su testigo o su relevo... »

Jacques Derrida, *Ecografías de la televisión*

En el principio está la muerte, ella marcó desde un principio el sueño del principio, sueño de **un origen puro e incontaminado**, por lo tanto **eterno**; es decir: más allá del tiempo, de ese tiempo que marca nuestra irremediable desaparición, el fin de nuestros amores, la caducidad sin fin de todo lo que nos ha sido dado. Soñar la muerte como la desapropiada absoluta, como aquello fuera de mí que termina con todo en mí, es soñar necesariamente y a la vez, con **un origen a salvo, salvado, sagrado**. Ya se sabe: el cambio ha sido siempre la peor objeción, fuera del pasar, fuera de lo cambiante, fuera de lo pasajero, fuera de lo finito, fuera de la vida y fuera de la muerte es donde debería estar nuestra patria, nuestra morada, nuestro hogar. Olvidar la angustia de la ausencia, el dolor del pasar, de la finitud, de la falta. Por ello el pensar siempre ha buscado la seguridad, la presencia plena asegurada, completa, eterna, toda ahí junta siempre en un instante que no acabe nunca porque el pasar y el no ser no son, ni han sido, ni deben ser, nunca. «Es inengendrado e imperecedero; íntegro, único en su género, inestremecible y perfecto; nunca

fue ni será, puesto que es ahora, todo a la vez, uno, continuo»¹. Esta frase de *Parménides* traza una de las primeras marcas de nuestra tradición, de nuestra *herencia*. El sueño de tener *un* solo padre en *una* única patria, *un* solo nombre, el sueño perfecto, pues ya sabemos que lo perfecto lo tiene *todo en sí*, no necesita de nada ni de nadie, se mantiene solo y puro para siempre *congelado en eterna presencia*. Un sueño sin sueños entonces: el sueño negro de la luz continúa que no deja pasar a los fantasmas de la muerte.

Pero los fantasmas siempre pasan.

Y es necesario que lo hagan, la *ruina* del sueño eterno, su *imposibilidad*, la imposibilidad de una vida eterna es lo que salva de la muerte eterna y hace posible la vida, *la sobrevida*, para decirlo en las palabras de Jacques Derrida: la *survie*. El anhelo de fundamento y de un *fundamento puro*, implica necesariamente, la pretensión de que *lo derivado sea subsumido por lo originario, absorbido, canibalizado*. Para construir al Dios perfecto, o al Sujeto perfecto, es preciso que todo lo real haya quedado bajo su nombre, que lo que se le oponía en tanto singular, en tanto finito sea completamente absorbido por la instancia fundadora. Un camino de homogeneización generalizada para terminar con toda diferencia, con toda singularidad en el imperio absoluto de lo Mismo. El sueño de la vida eterna y la pureza absoluta *es el sueño de la muerte* de toda alteridad, porque esa es la única forma de completar el círculo. Si se piensa que todo es conciliable, el origen debe terminar apoderándose de todo lo existente; contra ello admitir que *nunca* se cerrarán las totalidades, es decir que el sueño de la metafísica está siempre condenado al fracaso, es la condición para evitar el fin de todo, en una momificación absoluta del sentido.

La imposibilidad como condición de posibilidad es un tema recurrente en Derrida, abordado ya en escritos relativamente tempranos, como es el caso de «Firma acontecimiento contexto» del año 1971. Detenernos un momento en el mismo, quizá nos sirva para aclarar lo que sigue. Curiosamente «aclarar», *reducir* la oscuridad, apagarla en la luz del sol pleno, ha sido siempre según Derrida la meta de la filosofía y unos de los motivos de los continuos reproches a esa forma de *telecomunicación* de la que siempre han

¹ *Parménides* (28B8) Traducción de C. Egger Lan, apuntes de cátedra, Facultad de Filosofía y Letras, UBA, año 1992.

desconfiado los filósofos -desconfianza que se ha extendido a todas las formas de telecomunicación como tantos discursos moralistas y escandalizados sobre la Web, nos lo recuerdan todos los días- : **la escritura**. La oscuridad, la equivocidad, lo no claro, que serían para la filosofía predicados de este artilugio técnico: la escritura -y en tanto técnico no natural, sospechoso- se ubican del lado de lo derivado y lo no-originario. Tarea del trabajo filosófico será entonces denunciar su condición derivada y **reducirla** a la univocidad. Por otro lado, el pensamiento de la filosofía ha pensado a la escritura como **representación**, representación de una representación. Representación gráfica, material, del pensamiento el cual representa idealmente al ser-presente. La escritura ocurre entonces para la filosofía dentro del sistema de la presencia. Es decir, es una manifestación derivada o secundaria de la presencia. Es aquí donde Derrida introduce su gran tema: la ausencia. Para él la escritura es no-presente, no se determina por la presencia. Se escribe antes de ser, substrayéndose así a la autoridad ontológica del reino de la presencia. No sólo no pertenece a la presencia, sino que es la condición de posibilidad de esta. Si la escritura se escribe antes de ser, ya no corresponde preguntarse sobre la «esencia» de la escritura, sino sobre la forma en que la escritura **se escribe**, se traza. Y la escritura se escribe repitiéndose, **iterándose**. Entonces el signo escrito ocurre en la repetición, **acontece repitiéndose**. El trazo es ya un acto de desdoblamiento. El origen una repetición. Y toda repetición presupone un desdoblamiento. Por tanto el signo escrito logra su identidad en el mismo acto en que la pierde **y gracias** a esa pérdida. Lo que le da identidad es lo que al mismo tiempo produce alteridad. La identidad y la alteridad se construyen en el mismo acto en que se destruyen, esto es se deconstruyen. Para la filosofía, la escritura no es más que una modificación de la presencia, y le asigna la identidad derivada que corresponde a una forma de representación. Derrida, por el contrario, le asigna una identidad originaria pero una identidad que clausura toda posibilidad de identificación. La iterabilidad es lo que impide que lo originario: la escritura, se convierta en un fundamento metafísico. Dato tanto más importante, por cuanto dice Derrida, en el texto que estamos comentando: «yo quería demostrar que los rasgos que se pueden reconocer en el concepto clásico y rigurosamente definido de escritura son generalizables. Serían válidos no sólo para todos los órdenes de “signos” y para todos los lenguajes en general, sino incluso, más allá de la comunicación

semio-lingüística, para todo el campo de lo que la filosofía llamaría la experiencia, incluso la experiencia del ser: la llamada “presencia”². Lo que es lo mismo que decir que *la presencia sólo es posible como imposible*. Ya que al no haber origen puro que lleve a una presencia pura, esta solo se constituye como tal gracias a la repetición que al mismo tiempo que la constituye la desconstituye. O mejor que la constituye desconstituyéndola. La marca escrita no está entonces bajo la autoridad del ser-presente. Es por el contrario la inscripción de este, la condición que lo precede y a partir de la cual éste es posible. Como ha escrito Derrida en *Elipsis*: «La muerte está al alba porque todo ha comenzado por la repetición.»³

En «Psyché. Inventiones del otro»⁴ se decía que «la deconstrucción más rigurosa no se ha presentado jamás [...] como algo *posible*»⁵. Y es que lo posible, al igual que la vida eterna tiene cerrado todo acceso al por-venir. O mejor aún: lo posible como posible es imposible, un posible no imposible, sería un *programa*, un conjunto de procedimientos regulados, de prácticas metódicas, un camino seguro, una ruta pavimentada y señalizada que no conduce a ningún lugar. Que no produce acontecimiento. No hay posibilidad en el reino cerrado de lo posible. No hay por-venir. «El porvenir sólo puede anticiparse bajo la forma del peligro absoluto. Rompe absolutamente con la normalidad constituida y, por lo tanto, no puede anunciarse, *presentarse*, sino bajo el aspecto de la monstruosidad»⁶ escribió Derrida en uno de sus primeros textos. Que no haya posible *como tal*, es entonces la condición de posibilidad del *por-venir*. Si viene lo posible, viene lo conocido, lo repetido, lo asegurado, lo esperado, no pasa nada con lo posible, no es posible que *venga* el acontecimiento. Por eso, si hay acontecimiento, si hay evento, si este viene, sólo puede *venir de lo imposible*. Lo posible para Derrida es lo proyectable, lo previsible, lo planeable, lo programable, aquello de lo que no puede venir nada más que lo que ya fue, aquello que

² Jacques Derrida, *Firma acontecimiento contexto*, «Márgenes de la filosofía», Cátedra, 1998, p.358.

³ «Elipsis», *La escritura y la diferencia*, traducción de Patricio Peñalver, 1989, Barcelona, Anthropos, p. 408.

⁴ Que es una reelaboración de dos conferencias: una pronunciada en la Universidad de Cornell en abril de 1984 y otra en Harvard en abril de 1986.

⁵ «Psyché, Invention de l'autre», en *Psyché, Inventiones de l'autre. Nouvelle édition augmentée*, Paris, Galilée. 1998, p. 26. Traducción castellana de Mariel Rodés de Clérico y Wellington Neira Blanco en AA. VV., *Diseminario. La deconstrucción, otro descubrimiento de América*, XYZ Editores, Montevideo, 1987, pp. 49-106.

⁶ J. Derrida, *De la gramatología*, Siglo XXI, México, 1998. Traducción de O. Del Barco y C. Ceretti, p. 10.

solo puede hacer venir un futuro-pasado o como dice Derrida un presente-futuro; la continuidad de lo mismo. Lo imposible es lo que excede toda posibilidad. Lo que desde la promesa abre el por venir. Lo que rompe con lo previsible y posible, abriendo el hueco para que venga lo que no puede ni debe programarse, prevenirse, preverse, justamente porque es lo radicalmente nuevo, otro. Lo que viene no puede estar previsto porque si no, no llegaría, ya estaría aquí, con lo cual el evento debe ser necesariamente *singular*: « *Chaque fois unique* ». Para Derrida, lo sabemos, el acontecimiento debe ser único e imprevisible, sin horizonte. Por lo cual la muerte es el acontecimiento por excelencia, imprevisible llega sin llegar porque no le llega a nadie. La muerte es imposible. Como imposible es todo aquello que tiene que ver con la acogida de aquel(lo) que arriba, la hospitalidad, el don, el perdón.

La *herencia* misma es imposible: nunca se re-une, nunca es una consigo misma. El legado de un nombre, de una firma nunca se deja leer, más que como un *secreto*. «Si la legibilidad de un legado fuera dada, natural, transparente, unívoca, si no apelara y al mismo tiempo desafiara a la interpretación, aquél nunca podría ser heredado»⁷ escribe Derrida en *Espectros de Marx*. Traer a la «vida» a un fantasma es acabar con su existencia, con sus legados, con sus inyunciones. Porque es *acabar con su secreto* y éste, el secreto, es el lugar de donde surge el movimiento de diseminación de la herencia y la supervivencia del legado. El secreto es lo que se *resiste* al movimiento de reapropiación, ese deseo de canibalizar al otro, por ejemplo aquí, escribir lo que «Derrida» dijo, dejarlo sentado y establecido de una vez y para siempre, *si tal cosa fuera posible*, sería el fin de la herencia, el entierro y la lápida colocados como trofeo en el interior del «hermeneuta». El legado sobrevive al sustraerse, esta sobrevida le da su porvenir al no cerrar el trazo, la herencia está siempre por venir. Y permítaseme que vuelva a citar nuevamente a los *Espectros de Marx* para hablar de los Espectros de Derrida: «La traducibilidad garantizada, la homogeneidad dada, la coherencia sistemática *absolutas* es lo que hace seguramente (ciertamente, *a priori* y no probablemente) que la inyunción, la herencia y el porvenir, en una palabra, lo otro, sean imposibles. *Es preciso* la desconexión, la interrupción, lo

⁷ J. Derrida, *Espectros de Marx. El estado de la deuda, el trabajo del duelo y la nueva internacional*, trad. de José Miguel Alarcón y Cristina de Peretti, Trotta, Valladolid, 1998, capítulo uno: «Inyunciones de Marx», p. 48.

heterogéneo, al menos si hay algún *es preciso, si es preciso* dar una oportunidad a algún *es preciso, aunque sea más allá del deber* »⁸.

Y esto que *es preciso* no puede dejar de ser un *tormento*. *Tormento* por la infinita divisibilidad que afecta todo lo posible, anhelo de completar el círculo, de hacer pie en algún sitio; inestabilidad, inquietud, desasosiego por el fracaso de todo intento de volver posible lo imposible, acoso del fantasma de todo aquello que nunca nos será dado *en cuanto tal*, (y son tantas cosas, no solamente el «yo», la «sustancia», la «esencia», para nombrar algunos nombres «metafísicos» sino también, el don, la hospitalidad, la democracia, siempre por venir, condenados a no ser nunca presentes). Pero este duelo de sí mismo en sí mismo, lo sabemos, es lo que da vida, lo que posibilita la *supervivencia*. La inadecuación, la inestabilidad, la interrupción, dan tiempo, dan el tiempo, como ya se dice en 1968 en *Ousia y Grama*: «El tiempo es el nombre de esta imposible posibilidad»⁹.

Este *por venir* no se debe confundir con ningún futuro, el acontecimiento, *l'événement*, es la venida de(lo) otro, la llegada del *revenant*, del revenido, del arribante y este viene aún antes de poder esperarlo. Llegó antes que nosotros. Aquello por venir, no es un *presente*-futuro, lo que «fue» no es un *presente*-pasado en verdad tampoco un *fue*, sino siempre un *por* venir. El origen no-originario no se deja llevar ni a un presente de origen simple, ni a una presencia escatológica. *Por venir* no indica una dirección en el tiempo, si toda huella es huella inscripta es entonces huella de huella, *su origen siempre la precede*. Lo otro está en mí, viene a mí desde *antes* que se establezca una división entre el otro y yo, la llegada del *por venir* es originaria. Lo que somos lo heredamos, no somos más que lo que heredamos. *Ser es heredar*. El origen de todo está en esta venida de(lo) otro. *Y esta venida nunca termina*, la restancia hace que el movimiento no tenga fin. Los fantasmas sobreviven, la esencia nunca se hace presente y la supervivencia, la pervivencia no termina. Al igual que el tormento, que es a la vez, el alivio y la esperanza. El tormento de no alcanzar la esencia es el acoso de los fantasmas: ni vivos ni muertos: sobrevivientes,

⁸ *Ibid.*

⁹ «Ousia y Grama. Nota sobre una nota de *Sein und Zeit*». Primera versión publicada en *L'endurance de la pensée* (libro colectivo, Pour Saluer Jean Beaufret), Plon, 1968. Finalmente en *Marges de la philosophie*, París, Minuit, 1972. Traducción propia en <http://www.jacquesderrida.com.ar/textos/ousia.htm>

revenants. Somos fantasmas, asediados por fantasmas. Y esa condición espectral, la-vida-la-muerte, o la *survie*: estructura original que no se deja derivar ni de la vida, ni de la muerte, es la forma misma de la experiencia y del deseo irrenunciable. «La vie *est* *survie*» ha dicho Derrida en la última entrevista antes de su (no) muerte. La *survie* viene. Y abrirse a esa venida, abrir la venida, levantar las barreras, abrir las fronteras, para todo lo que venga, es hacer lo que hay que hacer, *hacer lo imposible*. *Si hay algo que detener es aquello que impidiendo la venida pueda obstruir el por venir*, traer la muerte, impedir la posibilidad de una llegada otra, cerrar la apertura afirmativa para la llegada de(lo) otro, es decir cerrar la experiencia misma, que para Derrida es siempre la experiencia del otro.

El acontecimiento: es decir lo que *viene*, *advienne*, *sobreviene*, está desde luego ligado con ese «Ven» del que Derrida ha hablado tantas veces. Más que ligado ya que en realidad, el *evento*, el acontecimiento del «Ven», precede y abre la venida, el evento del acontecimiento. Para que algo pase, para que haya evento, historia, es preciso que un «Ven» se dirija al otro, a lo incalculable, a lo improgramable, a lo imprevisible, a la venida de ese otro que *no sé, ni debo saber* si es animal, Dios o persona, máquina, cyborg, replicante, hombre, mujer, vivo o no vivo, espectro o (re)aparecido. «Ven» venido del otro, «Ven» que no viene más tarde, «Ven» que no es un programa teleológico, «Ven» que es *ahora, aquí*. «Ven» como respuesta imperiosa entonces también, «Ven» afirmativo y siempre plural. Un *sí* entonces en el origen. Un *sí* que antes de todo promete y compromete *con el otro que está siempre antes* – y del cual por tanto *soy heredero* -.

La repetición, como todo, nunca puede completar su círculo, porque lo que debe repetirse nunca llega siquiera a ser *él mismo*, no hay repetición *como tal*, porque no hay *como tal* que pueda repetirse *como tal*. De lo que se deducen al menos dos cosas: 1) La repetición al no poder nunca repetirse está condenada a producir lo nuevo, es decir el acontecimiento, el otro. Si la repetición es *alter*-acción entonces lo que se vuelve inconcebible es *lo mismo* o lo que es lo mismo: el uno, el origen, el autor, 2) Si la repetición no se repite cada singularidad es absolutamente única. «*Chaque fois unique*». 3) El eterno retorno de lo mismo es la eterna amenaza, eternamente condenada a fracasar.

4) El origen es retorno, re-venida, re-aparición espectral, *la herencia ni comienza ni termina*.

Dejar una huella en general, es siempre dejar constancia de nuestra desaparición, de nuestra muerte, porque desde que se traza un trazo, desde que se inscribe un huella, esa huella *se me va*, puede repetirse, *me sobrevive*, sobrevive, al instante de su inscripción y al supuesto autor-productor de la misma. No hay presencia sin huella ni huella sin muerte. Huella –lo sabemos- implica siempre repetición, ausencia, riesgo de pérdida, muerte. Por otra parte, el envío del otro implica un «retraso» este retraso, no posibilita sólo la pérdida o el robo o la falsificación del envío, su no llegada a destino, sino la posibilidad de la muerte del autor del mensaje. Y esta muerte es *a la vez*, la posibilidad de la vida del texto. La muerte abre la carta, la marca, la huella a la alteridad más indiscriminada y general, la sitúa en la peor de las intemperies y *por eso mismo* impide su llegada *definitiva* es decir su *fin*. La escritura es infinita porque la muerte la habita. La posibilidad de la muerte es la condición de imposibilidad de la muerte. La huella, la carta necesita no solo de su «autor» sino también de su destinatario, no es mensaje sin el otro, pero el otro, tampoco le es necesario al texto, su muerte *también* está inscripta en la estructura general de la escritura, que se convierte así en *el trayecto infinito de una herencia*, en el traspaso de un don que nunca puede hacerse presente, de un sentido que nunca puede ser apropiado, con lo cual *la muerte es la condición de la vida* o mejor de la *survie*.

Dios no es libre. Los dioses no obran, no viven, no les pasa nada, no les llega nada, mucho menos la justicia. Pero si ésta alguna vez llegara, si alguna vez lográramos encontrar nuestro yo, si alguna vez pudiéramos cerrar la herida, borrar todo resto, toda resistencia, convertirnos en sujetos «libres» y «soberanos», ese día terminaría toda posibilidad, toda vida, toda pervivencia. El determinismo absoluto impide cualquier acto libre, es decir responsable, el poder absoluto, no tiene voluntad, está sometido a sí mismo, el Poder es una marioneta del Poder. Sólo la ruina y la alteridad, dan una posibilidad a la libertad, y por tanto a la responsabilidad. Sólo la pasividad, una cierta pasividad da una posibilidad al poder elegir. Sólo lo imposible posibilita lo posible. Sólo la afirmación de lo que se me escapa de lo que me es previo, de mi herencia, de lo otro, sólo el decir *sí* a esto que está

antes que cualquier intento de constitución de un yo es lo que permite que ese yo, pueda buscar la justicia. El *sí* como respuesta es lo primero. El otro es lo primero. ***La herencia es lo primero***. No hay primero. Porque primero está otro. Por eso que se escape siempre la traza que se traza, que no esté asegurado su camino, es la única manera de no caer en el círculo de lo calculable, lo previsible, en el eterno retorno de lo mismo. El otro *antes* de mí. La presencia fantasmática de la alteridad, el fantasma originario, como re-aparecido re-apareciente desbarata a cada nuevo momento todo intento de cierre, de sepultura, de fin de la herencia infinita e inacabable. Somos herederos y no porque tengamos o vayamos a tener alguna determinada herencia. Estamos-en-herencia. Desde siempre, sin posibilidad de aceptar o negar. La herencia no se da, se está dando todo el tiempo, es la promesa de un don infinito, no es algo dado, es una tarea, una tarea infinita, la tarea con la cual nos hemos comprometido desde siempre en la acogida originaria al otro. La herencia se testimonia. Somos herencia que testimonia su herencia a través de lo heredado.

Lo que viene como imposible, como incalculable, el acontecimiento, es lo inapropiable, aquello en lo que la apropiación, la asimilación, deben fracasar. Lo que viene como inapropiable, por tanto aquello inanticipable, que en su carácter de lo por venir, no puede estar nunca en presente, ser presentado, ser presentable, pre-visto. Debe anunciarse entonces sin pre-venir, no puede estar en el horizonte, no podemos ir hacia él, ***viene*** hacia nosotros, no hay camino que nos lleve hacia él, no es un fin a alcanzar, no tiene nada que ver pues con ningún ***telos***, con ninguna teleología, con ninguna escatología, con ninguna forma, ni Idea, con ningún modelo que nos espere al inicio o al final de ningún camino, no está en ningún lugar como tal, es posible sólo como lo im-posible. Procede de lo imposible, es la venida de lo imposible. Al ser in-apropiable no se deja subsumir por ningún concepto, por ningún nombre, aunque ese nombre sea el del Ser.

El 11 de septiembre de 2007, la embajada de Francia y la Cámara Argentina del libro, mediante una denuncia ponen en funcionamiento contra el que habla la maquinaria penal del Estado Argentino. El delito: violar los derechos del «autor» Jacques Derrida, o si se quiere los de los herederos legítimos del mismo que según se desprende de la causa serían ***Les Editions de Minuit***, las cuales han dicho: «En sept ans, Horacio Potel a mis en

ligne gratuitement et sans autorisation des versions complètes de plusieurs ouvrages de Jacques Derrida, ce qui est néfaste à la diffusion de sa pensée»¹⁰. Singular frase que seguramente habría hecho las delicias del autor defendido y que se prestaría a innumerables ejercicios deconstructivos, si no fuera que en su tremenda ingenuidad se delata a sí misma inmediatamente. Pero de la infinidad de lecturas que la misma da a lugar, preferimos aquella que le da la razón a *Minuit*: Es cierto, es *nefasto* para la difusión de *el* pensamiento de Jacques Derrida que un sitio web ponga a disposición de todos y todas las obras de Jacques Derrida. Si el pensamiento de Jacques Derrida es *uno*, si hay algo así como «sa pensée», así en singular: «El pensamiento de Jacques Derrida» - defendido por su herederos legales, sus abogados, el gobierno francés y los editores argentinos agrupados en la CAL -, si tal cosa existe, es claro que nada puede ser peor para la difusión de *ese* pensamiento, que la difusión de sus textos. Porque en esos textos, a los que nos negamos a llamar obras, está la *survie* de Jacques Derrida, el lugar de donde salen todos sus fantasmas, el lugar de la infección, el *medio* de transmisión de tantos y tantos fantasmas acosadores todos llamados Jacques Derrida y ninguno igual al otro. Tal cantidad de fantasmas no puede hacer más que problemática la distribución de las ganancias –que como se ve para algunos es el verdadero nombre de la herencia. La difusión de sus textos -y para colmo por ese escándalo para la justa localización que es la Web- es una violación de la tumba que trata de impedir el duelo, que como ha escrito uno de los fantasmas de Derrida en un libro que habla de los espectros, consiste siempre en: «intentar ontologizar restos, en hacerlos presentes, en primer lugar en *identificar* los despojos y en *localizar* a los muertos»¹¹ Difundir sus textos¹², sin el

¹⁰ «Plainte contre un enseignant argentin : l'accès à l'éducation en question». informe de Catherine Saez para *Intellectual Property Watch*. <http://www.ip-watch.org/weblog/2009/05/18/plainte-contre-un-enseignant-argentin-l'accès-a-l'éducation-en-question/>

¹¹ J. Derrida, « Espectros de Marx. El estado de la deuda, el trabajo del duelo y la nueva inter-nacional », *op.cit.*, p. 23.

¹² Este problema del copyright es uno de los principales problemas políticos de nuestro ahora, su tratamiento excede los propósitos de esta conferencia, Sería bueno, sin embargo recordar unas palabras de Jacques Derrida en 1995: « Por supuesto, la cuestión de una política del archivo nos orienta aquí permanentemente [...]. Jamás se determinará esta cuestión como una cuestión política más entre otras. Ella atraviesa la totalidad del campo y en verdad determina de parte a parte lo político como *res publica*. Ningún poder político sin control del archivo, cuando no de la memoria. La democratización efectiva se mide siempre por este criterio esencial: la participación y el acceso al archivo, a su constitución y a su interpretación. *A contrario*, las infracciones de la democracia se miden por lo que una obra reciente y notable por tantos motivos llama *Archivos prohibidos*.» Jacques Derrida, *Mal de archivo. Una impresión*

permiso, la censura y el filtro de aquellos que están autorizados a hacerlo es violar la tumba del muerto, para hacer vivir a sus fantasmas, para que lo propio de un nombre propio esté siempre por venir, para tratar de cumplir con la inyunción que Derrida nos ha heredado respecto de los espíritus, de los fantasmas: «Pues ésta será nuestra hipótesis o más bien nuestra toma de partido: *hay más de uno, debe haber más de uno.*»¹³ Si hay algo criminal es detener los envíos, la deconstrucción no puede aceptar esto porque se juega por la afirmación de la vida, o mejor de la *survie*.

En el *punto* más puntual de la reunión más unitiva, en la más unida de las unidades, no hay espacio, (ni tiempo) para nada que no sea *El Uno*. O mejor no hay lugar ni para la unidad, con lo cual nuevamente, la disociación es la condición de posibilidad de cualquier unidad en cuanto tal. La ex-apropiación, no se totaliza, no se cierra jamás. Ex-apropiación. Ni apropiación ni expropiación sino un movimiento por el cual me dirijo hacia el otro para apropiármelo, para comerlo, pero este comer que es también un cargar un portar, un llevar, un hacerse cargo, es al mismo tiempo saber y deseo de que el otro permanezca como otro, extraño, extranjero a mí, trascendente, alejado, otro en su irreductible singularidad.

Portar al otro no es entonces anular la exterioridad en la caverna del yo, cada vez más poderoso, más único, cerrado a fuerza de devorar lo ajeno en una loca carrera dialéctica que termine con todo en el Todo, la Nada, de una única y totalitaria soledad,

El cierre perfecto en *un punto*, es la muerte, pero no la muerte que nos constituye en cuanto moribundos, fantasmas, sobrevivientes, marranos, habitando la-vida-la-muerte; sino la muerte como el fin de toda apertura, la muerte como cierre de toda posibilidad. La muerte como lo que no tiene ni espacio, ni tiempo. Con lo cual *abrir*, abrirse a lo que vendrá es la tarea, tarea infinita, tarea destinada a nunca triunfar a menos que se hunda en el fracaso absoluto, es decir en aquello mismo que pretendía combatir. Para Derrida la filosofía debe levantar acta de esta tragedia, mostrar cómo solo en la amenaza está la

freudiana. Traducción de Paco Vidarte. Tomado de la edición digital de *Derrida en castellano*:

<http://www.jacquesderrida.com.ar/textos/mal+de+archivo.htm>

¹³ J. Derrida, « Espectros de Marx. El estado de la deuda, el trabajo del duelo y la nueva internacional », *op.cit.*, p. 27.

oportunidad y comprometerse todo lo posible en la venida de lo imposible, sabiendo que no ocurrirá jamás pero que esta es una tarea que *no se puede no* volver a empezar una y otra vez. «Sentenciar esa doble inyunción no puede ser más que una sentencia de muerte. La muerte [...] es la única que puede disponer que la doble inyunción no opere con doble filo»¹⁴. Volver a empezar y sin saber qué hacer, ya que, claro, lo indecible es la condición de posibilidad de la decisión, decisión nunca garantizada, decisión siempre en riesgo mortal, decisión que no me garantiza no ya el éxito sino siquiera la llegada a destino, «destinerrancia», llama Derrida a esta estructura que es la posibilidad misma de la vida y por supuesto no «La Vida», en el sentido absoluto que hace un segundo le dimos a la muerte, sino la vida mezclada con la muerte, la muerte contaminada con la vida, la *survie*: «Préférez toujours la vie et affirmez sans cesse la survie...». Estas son las últimas palabras de Jacques Derrida dichas, por su hijo Pierre, el martes 12 de octubre de 2004, en su ceremonia fúnebre, palabras escritas por un Derrida vivo para ser leídas ante y en nombre de un Derrida muerto. Un Derrida muerto que a la manera del Sr. Valdemar de Poe, nos dice que está muerto y al decirlo niega su muerte. Nos habla desde su muerte por la voz de su hijo y nos habla para dejarnos una inyunción, una orden, un mandato, un testamento, una deuda y un don: «Prefieran siempre la vida y afirmen sin cesar la pervivencia»

Hipertexto de hipertextos, la web, hace estallar la iterabilidad; texto en construcción continua, texto sin autor, se convierte en máquina hiperdiseminante. Como sabemos, según Derrida, el texto singular se independiza desde siempre de su supuesto autor para devenir máquina productora, diseminante del sentido, separada de la conciencia y por tanto de las intenciones y de la plenitud del querer-decir de éste, y de cualquier otro que quiera erigirse en el dueño, o el restaurador de un supuesto sentido originario. La Web, la tela de araña, siempre estuvo implícita en el concepto de escritura, la iterabilidad el surgimiento de lo otro en la repetición, desarrolla las posibilidades que desde siempre habitaron a la escritura, siempre hubo injertos de textos, copias, hibridaciones, ex-apropiaciones, contaminación, sin que fuera posible encontrar el texto pleno, el primero, el padre de los demás. La producción textual no siguió nunca una línea recta sino que estuvo desde siempre sumergida en un

¹⁴ J. Derrida, « A corazón abierto », Traducción de Cristina de Peretti y Paco Vidarte en *¡Palabra! Instantáneas filosóficas*, Trotta, Madrid, 2001.

laberinto, en una red, en una máquina autoprodutora; el texto se teje a sí mismo, nadie puede y nadie pudo jamás dominar sus hilos. El origen no-originario no se deja llevar ni a un presente de origen simple, ni a una presencia escatológica. La ausencia rompe el límite del texto, con lo cual queda impedido su totalización y su cierre, nunca acaba el querer-decir, la firma *siempre está abierta* a una nueva contrafirma. La herencia no termina.

En la película *Ghost Dance* de 1982, Derrida haciendo de Derrida dice: «La moderna tecnología de las imágenes, del cine y las telecomunicaciones, contrariamente a las apariencias, aunque sea científica decuplica el poder de los fantasmas, el retorno de los fantasmas». El discurso sobre lo «virtual» cree como lo obvio mismo, que este concepto se opone a lo actual, a la realidad efectiva; como la muerte se opondría a la vida, como el simulacro se opondría a la presencia real. Todos sabemos que desde sus comienzos Derrida, por ejemplo en la conferencia sobre Freud de 1966, ha sostenido que la vida es la muerte, porque la vida es huella, porque la vida se protege como repetición, como *différance*, como ceniza, porque no es del orden de la presencia, porque no hay vida presente primero que luego se resguarde en la repetición, en el suplemento, en la huella; sino que es la huella, la *différance*, el retardo, la repetición lo que es originario o dicho de otro modo que es el no-origen lo originario. Del mismo modo los medios técnicos en general, las tele-tecnologías no están ni vivas ni muertas, son fantasmas espectralizantes. No están ausentes ni presentes, no dependen de la esencia de la vida ni de la esencia de la muerte, ya que la esencia está fatalmente contaminada por la técnica, que es otra forma de decir que la repetición es lo originario. La vida y la técnica no se oponen. La vida en su proceso autoinmune debe recibir a lo otro dentro de sí para constituirse en sí, la iterabilidad, la prótesis, el simulacro, estas figuras de la muerte protegen a la vida. *La vida es técnica asediada por la repetición*. Con lo cual la ontología cede su lugar a la «hantologie», *una ontología asediada por fantasmas tele-tecno-mediáticos*. Y debe suplantarla para poder pensar el acontecimiento, es decir lo que viene y está por venir, por venir que no se puede pensar desde una lógica binaria o dialéctica que oponga lo virtual, lo fantasmal, el simulacro a lo real, efectivo, presente, vivo. Porque como dice Blanchot: «el hecho de estar ahí no es la venida. Ante el

Mesías que está ahí, debe seguir resonando la llamada: “Ven, ven”»¹⁵. Y para eso se necesita otro pensamiento del tiempo que ya no sea un encadenamiento de presentes idénticos y continuos sobre una línea recta o circular. Ese tiempo espectral se anuncia *ya* en la Red. Es el tiempo de la posibilidad es decir, el tiempo de la virtualidad.

La ruina del Estado-Nación es también la ruina de su derecho, y por tanto, también de ese particular derecho de copia, que se conoce también como derecho de autor. El autor, lo sabemos, es una figura en deconstrucción. La Red, con su capacidad infinita de copiar, injertar, tejer, yuxtaponer textos en todas las formas de la reiteración y de la modificación, es otro de los mecanismos que arruina el concepto de autor y sus concepciones conexas: el sujeto, el sujeto soberano, la identidad, la conciencia, la intención, la presencia a sí, la autonomía, la propiedad, el origen; pero como ya vimos la identidad está asediada por la diferencia, la propiedad está habitada desde siempre por una impropiedad irremediable, la presencia encuentra su origen siempre en la ausencia. El deseo de autoría es el de un querer-decir-correcto, de una intención-de-significación, de un querer-comunicar-ésto y solo ésto, de ser el padre y el dueño del texto. Esto, sabemos es imposible, el texto se escapa siempre, resiste siempre a todo intento de apropiación. Sabemos que Derrida ha escrito en *La escritura y la diferencia*: «Ausencia del escritor también. Escribir es retirarse [...] Ir a parar lejos de su lenguaje, emanciparlo o desampararlo, dejarlo caminar solo y despojado. Dejar la palabra. Ser poeta es saber dejar la palabra. Dejarla hablar completamente sola, cosa que sólo puede hacerse en lo escrito [...]. Dejar la palabra es no estar ahí más que para cederle el paso, para ser el elemento diáfano de su procesión: todo y nada. Respecto a la obra, el escritor es a la vez todo y nada»¹⁶ *Pero por otro* lado la apropiación no es sólo del autor, la Red está llena de tachaduras de nombre para inscribir sobre el borrado, el propio. El robo, la falsificación, la simulación, un mecanismo de apropiación generalizado está a la orden del día y esto es *un conflicto de interpretaciones*, un conflicto en el que no podemos no intervenir. Debemos defender el sentido contra toda apropiación a manos de poderes anónimos que se han vuelto universales y actúan movidos

¹⁵ M. Blanchot, *La escritura del desastre*, trad. Pierre de Place, Madrid, Editora Nacional, 2002, pp. 137-138.

¹⁶ J. Derrida, «Edmond Jabès y la cuestión del libro» en *La escritura y la diferencia*, traducción de Patricio Peñalver, Anthropos, 1989, Barcelona, pp. 96-97

por un racionalidad puramente económica, empeñados en llenar el espacio, dominar cada uno de los hilos, atrapar a todas las moscas con la dulzura de las baratijas, para extraerles toda su sangre o para derramarla, si no es lo suficientemente nutritiva. No debemos imponer nuestra autoridad al texto que producimos y al mismo tiempo no debemos permitir que se le imponga una interpretación que cierre toda interpretación en un sentido único. Pero este *ejercicio de responsabilidad sobre lo dado*, este tratar de evitar que se lo convierta en un *presente envenenado*, no es y no debe confundirse con el *copyright*, el paradójico derecho de copia, como si alguien pudiera ser dueño de la iterabilidad maquínica, esta pretensión atañe a los que viven de vender libros de papel y es un problema de ellos, problema de corporaciones internacionales que dificultan nuestro derecho al archivo; son ellos los que tendrán que encontrar una manera de sobrevivir, y eso pasará seguramente por algún mecanismo autoinmunitario, algo deberán cambiar las editoriales, algo deberán incorporar de la Red, si no, la pura reacción inmunitaria del nada con el otro, la pura defensa legal de unos derechos ineficaces y divorciados de la justicia no los lleva ni los llevará a ningún sitio. Habrá que cambiar algo de esos derechos que se pretenden absolutos, y que de creerles a las tapas de los libros prohíben no sólo las bibliotecas, sino hasta el préstamo, el don, el regalo; el libro sólo puede ser *mercancía* para ellos, cualquier otro uso está prohibido es malo e ilegal. Lo menos que se puede decir de este planteo es que su ingenuidad no tiene ningún por venir y ninguna inocencia.

El 22 de septiembre de 2001 en Frankfurt, Derrida, tras haber recibido el premio Theodor W. Adorno termina su discurso de esta manera:

«Pero no sabemos cómo ni sobre qué soporte, sobre qué velas para qué Schleiermacher de una hermenéutica por venir, sobre qué tela y sobre qué *fichu* WWWeb se empeñará mañana el artista de este tejido (*hyphantes*, dira el Platon del *Político*). Nosotros no sabremos nunca sobre qué *fichu* Web pretenderá sellar o enseñar nuestra historia un Weber por venir.»¹⁷

Siendo su última palabra una de Celan: «Nadie testimonia por el testigo».

¹⁷ J. Derrida, «Acabados», en *Acabados, seguido de Kant, el judío, el alemán*, traducción de P. Peñalver, Trotta, Madrid, 2004, p. 38.

Aceptar la herencia de Derrida es también ser los Webers, los tejedores, los fabricantes de redes, los enredadores, los que no podemos testimoniar por Derrida, justamente porque elegimos su herencia, no podemos hablar por él ni en su nombre, no pretendemos sellar su historia, pero no podemos hacer otra cosa que inscribirla, con lo cual ya comienza el borrado de la huella, y a la vez una construcción otra de la ceniza, todos sus textos, le guste o no a sus «herederos legítimos», están estuvieron estarán en alguna *fichu* Web. Ellas son una de las formas de la sobre-vida de Jacques Derrida, sus fantasmas, habitan la tela que tejemos y destejemos, en un duelo imposible e infinito.

¡Larga vida a los fantasmas!